

Palabras de Isabel Allende

¿Cuáles son tus recuerdos de niña?



En mis recuerdos creo que era una niña triste, no muy feliz, solitaria. Me sentía siempre diferente; no calcé nunca dentro del esquema de la sociedad patriarcal, religiosa, conservadora, en la cual me crié. Tenía ideas que no sabía articular, sentimientos de rabia y angustia porque sentía que estaba en desventaja por ser mujer con respecto a mis hermanos, a mis tíos y a mi abuelo. Mi mamá y yo éramos las mujeres de la casa; éramos víctimas de un sistema. El amor de mi madre, un amor incondicional, me dio un cierto refugio y una plataforma que me permitió desarrollarme, porque si no, hubiera sido una niña completamente paralizada por la rabia.

Sin las palabras, ¿encontraste una manera para expresar la rabia?

Sí. Mi mamá es una mujer muy linda, muy elegante. Para mí, representaba una víctima de la sociedad. Como respuesta contra eso, hice todo lo posible por vestirme y actuar como un niño, como un muchacho. Después en la adolescencia, cuando me traicionaron las hormonas y empecé a convertirme en niña, me rebelé contra eso también, pero tenía sentimientos ambivalentes: por una parte quería ser mujer porque me llamaba la naturaleza y por otro lado la inteligencia me decía que era mejor ser como mis hermanos. Me mantenía enojada, en silencio, a veces, meses sin hablar.

¿A qué jugabas?

Juegos solitarios. Tenía dos hermanos varones, era la única niña. Mis juegos eran muy particulares, todas esas ceremonias tristes de los niños solos. En esa época no había televisión. Leía mucho, mi casa estaba llena de libros y no había ningún tipo de censura con la lectura. Me acuerdo que mi padrastro me regaló las obras completas de Shakespeare. Fue el primer libro

bello que tuve, encuadernado en cuero y papel de Biblia. Leí las obras de teatro, no por su belleza, sino nada más para seguir el argumento. Me confundía porque eran muchos personajes, entonces, los dibujé sobre papel, los recorté, les puse nombre y los paré con un palito de fósforo por atrás. Iba leyendo y representando con los monitos para darme cuenta cómo era.

A mi abuela no le gustaba la radio, decía que traía ideas vulgares. No permitía que se prendiera en la casa, sin embargo, siempre estaba encendida la radio en la cocina. Así me crié oyendo novelas románticas y también historias de horror, sangre, crímenes y pasiones. Creo que de ahí me viene también el gusto por la aventura y la sangre.

¿Había alguien que te contaba historias?

Vengo de una tradición oral, de un lugar en el mundo y un tiempo en el cual la gente contaba historias. Eso se ha terminado con la televisión. Crecí escuchando cuentos de mi abuelo sobre la familia o de cómo era Chile antes de mi tiempo, las anécdotas de mi mamá, de mi abuela. Me crié con la idea de que la vida se hace al contarla, de que la vida es un rosario de historias. Recuerdo los tiempos en mi vida, más que nada, por las historias que ocurrieron.

¿Si pusieras tu vida sobre la mesa como si fuera un dibujo, cuáles serían los puntos que han sido trascendentes para ti?

Hay muchos puntos que empiezan muy atrás. Tal vez el primero fue el abandono de mi padre. No tengo recuerdos claros, no recuerdo el dolor, por lo tanto, no

Rotmi
Enciso

Georgia
Bratt



sé cuanto me afectó. Quizás ese fue el principio de mi feminismo. Hay dos cosas que recuerdo como puntos en mi vida en los cuales iba en una dirección y todo se volvió para el otro lado; una vuelta de 180 grados.

Uno, fue el golpe militar en Chile y el otro fue la muerte de mi hija. Son dos momentos en que no tenía ningún control sobre la situación, y el dolor y el miedo me paralizaron. Sin ninguna duda, la muerte de mi hija fue mucho peor.

¿El feminismo fue un encuentro con lo que sentías?

Cuando tenía 25 años se formó en Chile una revista que se llamaba *Paula*, la primera con artículos feministas. Ví que había una manera de expresar todo esto que no fuera solamente rabia, sino un camino de acción y organización. Hicimos esta revista, que fue una cosa única en ese momento. Era una época fascinante en mi vida: descubrir cuántas miles de miles de mujeres habían en la misma situación que yo, con la misma rabia, con las mismas ganas de cambiar las cosas. Faltaba una revista como esa para dar voz a todas esas mujeres. Ya no me sentí tan sola, ni tan rara, porque hasta entonces siempre tuve el sentimiento que había algo en mí que faltaba; que se esperaba que fuera de una manera y algo malo había pasado dentro de mí y era de otra forma. Después me di cuenta que no había nada malo en mí, sino que era diferente y que habíamos muchas que éramos así.

¿Cómo defines el amor?

En mi vida hay dos cosas que son obsesiones, temas recurrentes en la literatura. Dos cosas que equilibran mi vida: uno, la violencia y el dolor, otro, el amor como una fuerza que redime todo lo malo de la vida.

He tenido mucho amor, tanto, que ha compensado plenamente los momentos malos que he tenido y las cosas malas que me han pasado. Tengo que empezar por el amor de mi madre, que es el más antiguo. Tengo la sensación de haberlo recibido mucho tiempo antes de nacer; mi madre me amó tanto, que de ahí parto de la base de que la gente me ama.

Hay otros amores que me han sostenido, más poderosos que el amor romántico o el amor carnal, mucho más que los hombres que he tenido en mi vida, que es, el amor que les he dado a mis dos hijos. Mi amor por el bosque y a los árboles. El amor por la comunidad a la cual pertenezco. El amor de los seres que me rodean. Y si me preguntas, ¿cómo defino el amor? Te diría que es la capacidad de poner los

intereses en esa persona, en ese objeto o en esa causa que uno ama, antes que los propios.

¿Tienes inspiraciones?

¿Hay alguien que te inspira?

La inspiración viene de una emoción, por lo general dolorosa, y que a través de la escritura se transforma en algo alegre y positivo. Por ejemplo, *La casa de los espíritus* nació del sentimiento de nostalgia después que salí de Chile. Quería reconstruir un mundo que había perdido; fui pegando los pedacitos. Una memoria mágica es la memoria que selecciona, omite, arregla, exagera, pinta de colores. Como dice mi mamá; la memoria que recuerda lo que nunca existió. Terminó siendo un libro lleno de alegría para mí, porque cambió mi vida.

MI segundo libro, *De amor y de sombra* está basado en un hecho policial. Representa la tragedia de los desaparecidos en América Latina que en aquella década del 73 al 83 fue brutal. Pude transformar esa cosa horrible que eran los asesinatos, los torturados, en un canto a la libertad, que me dio una nueva fuerza que no tenía en ese momento. *Eva Luna* y *los cuentos de Eva Luna* son historias muy feministas todas, hechas irónicamente y con humor. *El plan infinito* también es un libro hecho a partir de un sentimiento de desarraigo, de sentir que no tengo nada que ver con esta sociedad; ir descubriendo, meterme poquito a poco dentro de ella.

El último libro, el que se va a publicar ahora, lo escribí a partir del dolor más profundo de mi vida que fue la muerte de Paula. Sin embargo, no todo lo que pasó ese año de la agonía de mi hija fue horrible. Una de las cosas buenas fue que durante un año no había nada que hacer más que sentarme al lado de su cama a tomarle la mano y esperar que tal vez despertara del coma o esperar la muerte. Muy poca gente tiene la oportunidad de detenerse por un año y contemplar su vida. Paula me dio esa oportunidad; ver las conciencias, causas y efectos. Como cada acción, cada palabra, cada intención produce un oleaje y no sabes a dónde van, qué orillas de qué mares van a tocar esas olas; todo se cierra en círculos que a veces son perfectos. Pude verlo y salió otro libro que no lo habría podido escribir sin el terrible dolor de la muerte de mi hija, sin embargo, no es un libro doloroso para leer.

¿Catarsis?

Sí. Pero también: ¿qué es la literatura? ¿Por qué quiero escribir esa historia y ninguna otra? ¿Por qué tienen

que ser esos personajes y ningunos otros? Porque en el fondo me estoy preguntando algo que corresponde a mi propio destino, a mi propia vida. Son como revelaciones, momentos en los cuales sin darme cuenta, he descubierto algo en mí.

Mis libros son historias que colecciono por ahí, que la gente me da. Durante 35 años mi mamá me ha escrito todos los días. Tengo un closet lleno de sus cartas. Me cuenta historias. De repente me dice: "No vayas a repetir esto por que todavía están vivos". Tiempo después me dice: "¿Te acuerdas que en abril del 86 te conté de aquella señora? Bueno, ya se murieron... ya lo puedes contar".

¿Cómo alimentas tu espíritu?

Día a día con la escritura. Muchas caminatas por la naturaleza. Cuando tengo que escoger un camino o cuando tengo que confrontar una situación, recurro a la memoria de las personas que más he amado y que ahora están muertas.

Cuando necesito fuerza y disciplina pienso en mi abuelo. Cuando necesito magia, clarividencia, dones proféticos, pienso en mi abuela. Cuando veo que se necesita dar amor, y nada más que amor, pienso en mi suegra. Cuando necesito claridad de pensamiento, razonamiento y bondad, pienso en mi hija. Y cuando necesito recordar quiénes somos, ¿dónde está la lealtad? ¿dónde está lo esencial?, me acuerdo de mi perra, se llamaba Licaela. Porque mientras todo el mundo me estaba viendo como una celebridad, ella me veía como era. Me recordaba, todos los días, cuál era mi verdadero lugar en el mundo; qué era, cuándo tenía que darle de comer y quitarle las pulgas. Desgraciadamente, la mató un carro. Así que todas esas ánimas me ayudan.

¿Te gustaría contarnos una historia más?

Tenía 13 años. ¡Imagínate! Con todas las hormonas alborotadas. Mi padrastro era diplomático y fuimos a parar a Líbano, antes de la guerra. Cuando era la Perla del Medio Oriente. Las niñas, en esa edad, no salíamos a ninguna parte: del colegio a la casa. Leía lo que podía, pero no llegaban muchos libros en español. Mi padrastro tenía un armario bajo llave. En uno de los compartimientos había cigarrillos, chocolates, *Playboy* y las hojillas de afeitar. Nosotros, los niños, encontramos la manera de abrirlo, comernos los chocolates, fumarnos los cigarrillos, echarnos su agua de colonia. Descubrí que tenía cuatro volúmenes, preciosos, de: *Las mil y una noches*, encuadernados en rojo. Lindísimo. ¿Por qué tiene estos libros

escondidos? -pensé-. Debe ser porque no quiere que nadie los lea, debe ser porque tienen algo erótico. Esperaba a que salieran. Y con una linterna me metía al armario y buscaba las partes cochinas de los libros. Como no podía marcar las páginas, se me pegaban las historias, unas con otras. Nunca podía encontrar la hoja donde lo había dejado la noche anterior. Era una confusión de personajes que entraban en los harenes, se encontraban unas lámparas maravillosas y después saltaban en unos barcos, con Simbad el marino. Creo que esos libros, leídos en la oscuridad, con una linterna, en el Líbano, en el momento en que despertaba a la adolescencia, crearon en mí una especie de fascinación por las historias fantásticas y la sensualidad. Dos cosas se manifestaron paralelamente: imaginación fantástica y el despertar de la sensualidad. De alguna manera siempre se reflejan en lo que escribo que, tal vez, provienen de ese armario clandestino.

Finalmente, acerca de una problemática, fuerte en este momento, la proposición 187, que niega los servicios educativos y médicos a los migrantes ilegales aquí en California. ¿Qué piensas?

Fue aprobada en la elección, pero tendrá que ir a la Corte Suprema. Que la gente, posiblemente por racismo y miedo, le estén echando la culpa a los emigrantes de la recesión económica en California. Eso me parece una desgracia. Luché para que la gente votara: No. Hice mi parte, hasta donde pude, para evitar que se aprobara. Pero ahora no me voy a desesperar. A veces, la reacción lleva los cambios más lejos de lo esperado. Encontraremos otros caminos de lucha. La lucha no termina nunca. No me voy a desesperar por una cosa como ésta; no me voy a desesperar la guerra, ni me voy a desesperar por la muerte. No se trata de eso. Se trata de los caminos a largo plazo y de las cosas que uno tiene. No como individuo, sino como comunidad; como humanidad. Muchas veces pienso que nunca hubiera podido hacer nada de lo que hice, cuando era joven, sola. Si hubiera sido la única persona feminista en Chile, no hubiera podido hacer nada, pero éramos muchas y nosotras les pasamos una bandera a nuestras hijas, y más tarde a nuestras nietas. No tengo idea de cuál es mi contribución. Y no me importa. Lo que importa es el proceso y el proceso no termina nunca; vamos a seguir en él. El proceso es la vida misma.

Entrevista realizada en su estudio en California. Octubre de 1994.